

FEDERICO MISTRAL



Para la Revista "Euskal-Erria"

El insigne poeta provenzal, á quien la Academia Sueca recientemente adjudicó la mitad del Premio Nobel (ya se sabe que la otra la obtuvo el no menos insigne literato D. José Echegaray), nació en Maillane, pequeña población de Provenza, el 8 de Septiembre de 1830.

Perteneciente á antigua y distinguida familia, originaria del Delfinado, se había establecido en Provenza desde el siglo XVI. Su padre, que era propietario de una finca grande, de un mas, como dicen en el país pintoresco de las cigarras. Allí, en medio de las mieses doradas, bajo el cielo embriagado por la luz del sol, pasó Mistral su edad primera.

Durante el día corría por los campos compartiendo las fatigas de los labradores y hablando con ellos de sus rudas faenas; por la tarde asistía á la comida, de la que participaban todos los obreros de la finca, presidiéndola, como un patriarca de otro tiempo, su padre, anciano ya, pues se había casado cuando tenía más de cincuenta años con la madre de Mistral; por la noche el grupo se estrechaba más junto al hogar, diciendo cada uno su canción ó cuento; á veces, el padre y amo, religiosamente escuchado, en voz alta leía el Evangelio; cada Nochebuena, él mismo solía colocar en la chimenea del vasto comedor el tronco sagrado, el Bos Calendau.

Esta vida rústica y patriarcal, que con sus mil detalles nos narra el poeta en el Proemio de sus «Islas de Oro», tuvo desdichadamente que dejarlo á la edad de diez años, mandándole sus padres al colegio de Aviñon.

Primero, el destierro resultó terrible para el pobre chiquito; después se complació en estudiar, volviendo á sentir el amor á su tierra natal, á su cielo siempre azul, en los poemas de Homero, de aquel otro cantor de la naturaleza, cuyo alumno se proclama en la primera estrofa de Mireio, y en los de Teócrites, Virgilio, Chénier, Lamartine y Victor Hugo.

Hasta entonces su amor para la naturaleza y para lo bello procedía en cierto modo del instinto; á consecuencia del trato diario que tuvo con los maestros del pensamiento poético, aprendió á expresado.

Así nació el poeta, en cuyo ánimo influyó sobremanera un acto del joven y distinguido profesor de su colegio, José Roumanille, natural de Saint-Rémi, aldea cercana de Maillane.

Roumanille, que tenía rimados unos versos provenzales, tuvo la idea de enseñarlos á su alumno, y para este fueron una revelación sublime.

Mistral, arrebatado por el entusiasmo, gritó: «¡Vaqui l'aubo que moun amo esperavo pèr s'escarrabiha!» (1).

El, que hasta aquel día había dudado, desde el momento tuvo la fe inquebrantable de que el idioma de sus padres, el en que había aprendido á rezar con su madre, el de los antiguos trovadores, todavía podía servir, como en otro tiempo, para cantar el amor de la querida Provenza.

Después de acabados sus estudios volvió á Maillane y al año siguiente, en 1848, escribió su primer poema Li Meissoun (Las Mieses), encantadora pintura de la vida campestre, escrita en una melodiosa lengua.

Pero al año siguiente le mandó su padre á Aix para que estudiase Derecho.

No sabemos si allí Mistral abandonó completamente la poesía para estudiar los Códigos romanos; es poco verosímil, y al menos permitásenos creer que su estancia en la maravillosa capital de Provenza, en

(1) «¡He aquí el alba que mi alma esperaba para despertarse!»

medio de mil recuerdos de lavida antigua y de los grandiosos vestigios del mundo romano, tuvieron que hacer una impresión profunda en el alma del poeta, fortificándole todavía en su amor para la raza latina.

El año de 1851 volvió á la finca paterna con el diploma de licenciado en Derecho, y apresurándose á ahorcar en un rincón oscuro su toga de abogado, quiso empezar la realización de sus más caros sueños: el renacimiento literario de su patria amada.

En 1852, bajo sus auspicios, se reunió en Arles el primer congreso de poetas, pues ya eran casi una docena los que cultivaban con talento las musas provenzales; en dicha asamblea se discutió la reforma y establecimiento definitivo de la ortografía provenzal.

En 1853 reuniéronse nuevamente los renovadores, li Roumavagi dei Troubaire, decidiendo la publicación de una colección de poesías provenzales titulada Li Provençalo.

En fin, el 21 de Mayo de 1854, en el histórico castillo de Fontségugne, Federico Mistral, proclamado jefe ó capouile de la nueva asociación, dió á los individuos de la misma el nombre misterioso de felibres, antigua palabra provenzal que significaba maestro, doctor, y que unos romanistas en estos años dicen originarse de la palabra castellana feligrés.

El mismo año uno de los Felibres, Teodoro Aubanel, se encargó de la dirección de L'Armana Prouvençau, órgano oficial de la sociedad, en el que anualmente debían los Felibres hacer la educación del pueblo, educación á la vez literaria y política; política en el sentido de que Mistral y la mayor parte de sus partidarios deseaban no sólo el renacimiento lingüístico y literario de su provincia, sino también la autonomía administrativa de la misma; autonomía y no independencia y no separación de Francia; autonomía y libertad foral, como la que desde los tiempos más remotos tienen en España las Provincias Vascongadas.

Con orgullo siempre, Mistral se declaró francés, y por grande que sea su amor á la tierra natal, es patriota ardiente, no robando amor á la patria francesa para dedicárselo únicamente á su querida Provenza,

Estos sentimientos los expresó con particular claridad en su Oda á los Catalanes, que les dirigió en Agosto de 1861, diciendo:

Li Catalan bén vouluntié
Sías de l'Espagno magnanimo (1).

y añadiendo que los Felibres son y quieren ser franceses,

Car es bon d'estre noumbre, es bèu de s'apela
lis enfants de la Franco (2).

En su Oda á Rumanía, repite, después de alabar la unión de todos los pueblos latinos, que «los Provenzales somos de la gran Francia sincera y lealmente».

Allí se halla destruída la leyenda de la pretendida disidencia de los Felibres, leyenda que fueron esparciendo los enemigos de la organización foral y federalista, la que, no obstante, podría ser un poderoso elemento de vida, de energía y de prosperidad para la patria entera.

Pero volvamos al poeta y al hombre de acción. Hasta entonces no había escrito Mistral sino piezas rústicas en las que enaltecía á los labradores y pastores.

En el año de 1860 dió á luz la inmortal Mireió, el famoso poema, á la vez épico y rústico, que todos conocen gracias á la ópera magnífica que de tan maravilloso tema supo sacar con su talento genial el eximio músico Carlos Gounod.

Mistral dedicó este poema á Lamartine, con estos versos:

Te counsacre Mireió; es moun core moun amo,
Es la flor de mis an;
Es un rasin de Crau qu'emè touto sa ramo,
Te porge un païsan (3).

- (1) Los Catalanes, de muy buen grado,
 Estais de la España magnánima.
- (2) Pues es bueno ser muchos, es bello llamarse
 los hijos de Francia.
- (3) Te dedico Mireió; es mi corazón y mi alma,
 es la flor de mis años;
 Es una uva de Crau, que con todos sus ramos,
 te envía un aldeano.

El mismo año vino á París, donde le hicieron una acogida triunfal; pero lejos de rendirse á las tentaciones de un éxito embriagador, pensó en las colinas bíblicas del país arlés, en la aridez de sus llanuras, en su cielo siempre azul, y menospreciando los vivos lisonjeros de los parisienses, volvió á su amada Maillane, donde todavía vive, donde, lo dijo siempre, quiere morir, frente á los collados que hicieron sus versos, alegrando su vista y descansando su alma.

No obstante, debía salir frecuentes veces de la aldea paternal para ir á los muchos congresos que celebraron los Felibres en Apt, en Saint-Remi, en Arles y otros lugares.

En el año de 1868, con el distinguido filólogo Paul Meyer y otros dos felibres convencidos, Bonaparte Wyse y Luis Roumieux, se marchó á Barcelona, á donde, desde Narbonne, les había llamado el poeta D. Víctor Balaguer para presenciar los Jochs Florals que, á imitación de los provenzales, los catalanes habían organizado en la ciudad condal.

Gracias al impulso de Mistral, el Felibrige había traspasado el Ródano, y enseguida los Alpes y los Pirineos.

Luego se formó una «Sociedad para el estudio de las Lenguas Romanas» en Montpellier.

De este modo el movimiento se hizo nacional, puesto que el Felibrige reunía entonces á Provenza, Languedoc y Cataluña, y en el año de 1874, con motivo del centenario de Petrarca, los felibres enaltecieron en Aviñón la idea de una unión latina entre Francia, España é Italia.

Entre tanto, el maestro escribía. En 1868 había publicado otro poema épico, *Calendal*; en 1875 se publicaron sus *Iselo d'or* (Islas de Oro), colección de poesías y discursos varios, en que se manifestaban las maravillosas cualidades de su estilo, sencillez, armonía y concisión, y la variedad poderosa de su genio; después escribió una novela histórica, *Nerto*, epopeya contemporánea de los Papas de Aviñón, premiada por la Academia Francesa, como ya lo había sido *Mireió*.

En 1884 volvió á París, donde le saludaron no sólo como al representante de una nueva escuela literaria, sino como al jefe de un gran pueblo.

En 1890 publicó una tragedia, *la Reina Jano*, aplaudida en todos los teatros del Mediodía de Francia y representada en París con bastante éxito.

En fin, el poeta, deseoso de dar á la lengua amada el arma necesaria para su defensa, escribió el Tesoro de Felibrige, extenso diccionario en dos tomos en folio de todos los dialectos del Mediodía. Hoy mismo sigue escribiendo sus Memorias, en las que, por ciertas composiciones escritas en el idioma nacional, apareced Mistral no sólo como un gran poeta provenzal, sino también como un literato francés de primer orden.

He aquí á grandes rasgos la vida del poeta Mistral; poeta, sí, pero más todavía que poeta hombre de acción, que lucha por el logro de un ideal, que más que nadie, sabrán comprender y elogiar mis lectores bascongados.

THÉODORIC LEGRAND
Archiviste-Paléographe

París, Enero—1905.

